

Y dale que le darás al menjurje aquel, que era espeso, viscoso, almidonáceo, y parecía tener leche á juzgar por su blancura.

“Esto es una cataplasma...—me dijo Camila bajando más la voz.—¡Pobre Eloisa! Si entras á verla, ten cuidado de no dejar conocer la impresión que te ha de causar. Está horrible, espantosa. No la conocerás. Haz como que no encuentras en ella nada de particular. Más que el dolor y la fiebre, la mortifica la idea de lo fea que se ha puesto. No hace más que llorar y pedir á Dios que se la lleve antes que dejarla así.

Me acuerdo de haber dado un gran suspiro al oír esto. Camila y Micaela empezaron á extender aquella pasta sobre los trapos, soplando á la vez para que se enfriase. Después pasaron las dos á la alcoba, en la cual, al abrirse la puerta, noté que había completa oscuridad. Sentí lamentos que me traspasaron, con los cuales se confundían las voces cariñosas de las dos enfermeras. “Si no te lastimamos; si es aprensión tuya...? “No tenga usted cuidado, señorita. La cataplasma está muy pegada y la vamos sacando poquito á poco...” Y seguían los quejidos y ayes de angustia, con invocaciones á la Virgen y á toda la corte celestial.

Cuando Camila volvió al gabinete, me susurró al oído estas palabras: “Ya sabe que estás ahí. Se ha excitado un poco. Dice que no entres todavía; espérate. Ha mandado cerrar bien las

maderas para que no entre ninguna luz. Cuidadito con lo que te he advertido... Trascurrió bastante rato, y al fin Micaela apareció en el umbral, haciéndome señas de que pasara. Entré con vivísima emoción. No veía absolutamente nada. La atmósfera de la alcoba era espesa, repugnante; ambiente de enfermería que se hace irrespirable para todo el que no lo acometa con el desinfectante de la abnegación y del amor. Á mí me tiraba á matar, oprimiéndome los pulmones. Micaela salió. Acerquéme al lecho, y palpando hallé el respaldo de una silla. Al sentarme dije palabras cariñosas, de fórmula, no sé cuáles. Oí entonces la voz aquella, apagadísima y desentonaada por la fiebre, pronunciando estas palabras:

“Por fin... pareciste... Tú habrás dicho: “Que se muera como un perro...”

Con las palabras salía del lecho un vaho infecto y pesado.”

“¡Qué cosas tienes! Es que no sabía... Ya me ha dicho Camila que estás mejor.

—¡Ay, mejor!—exclamó la voz con desaliento.—Si me muero, si estoy hecha una miseria, una asquerosidad... No quiero que me veas. Estoy horrible.

—No te sofoques, hija. Eso pasará. Y no estás tan desfigurada como crees.

--¡Ay! chiquillo, tú no me has visto. Si me vieras te espantarías, te parecería mentira que me quisiste.

Me incliné hacia ella.

—No, no te acerques, por Dios... Estoy rodeada de miseria humana. Pase él morirse; pero morirse así, apestando...

—No te agites. Me marchó, si no eres razonable.

—No, quédate otro poquito... Pero no me mires. Si ves algo, mandaré á Micaela que eche la cortina y que tape hasta la última rendija. No quiero que veas este adefesio que te gustó tanto cuando era de otra manera.

—¿Pero qué es al fin? Aún no sé lo que tienes.

Contóme en palabras breves su enfermedad. Empezó por un recrudescimiento de aquella sensación de la pluma. Pronto se determinó una angina, con fiebre intensísima. El médico dijo que era una angina maligna. No podía tragar; se ahogaba. De pronto empezó á hinchársele el cuello... un bulto horrible, que crecía por horas, y la fiebre subiendo, y el cerebro trastornado... delirio, inquietud. La noche última, por fin, cuando ya creía que se ahogaba, empezó la resolución... ¿Para qué hablar más de aquello? Era un horror.

—¿Qué tal de calentura?—le pregunté;—dame acá una mano.

Sentí la mano que venía á buscarme. La busqué y nos encontramos. ¡Oh! ardía.

—Tienes muy poca fiebre—le dije, observan-

do que tenía mucha y que las pulsaciones eran muy irregulares.

Le besé la mano una, dos, tres veces, conociendo cuanto gusto le daba con ello.

—“Puedes besarla sin cuidado—afirmó con acento de cariño que era como un alfilerazo en mi corazón.—Cuando supe que estabas aquí, hice que Micaela me las lavara... Es el único gusto que tengo ahora, en medio de esta suciedad, en medio de este pánico de la pestilencia que me mata más que el dolor.

—“Esto no es nada, hija—repetí traspasado de lástima.—Dentro de ocho días verás qué buena te pones. Un poco de molestia, y nada más. Te acompañaremos, te cuidaremos mucho. ¿Te asiste Moreno Rubio?... Pues pierde cuidado. Eso no vale nada. Es un desahogo de la Naturaleza. Te vas á quedar luego más buena... y más guapa que antes.

—¡Ay! tú no sabes como estoy. Ocho días de fiebre muy alta me han dejado en los huesos... Entra tu mano, y toca, chiquillo.

Metí la mano por entre las sábanas tibias, húmedas y pegajosas, y allá en lo más caldeado, tropecé con su mano que me guiaba, mientras la quejumbrosa voz decía: “¿Ves?... ¿ves que pellejos?... Soy la muerte, la muerte.

Advertí que lloraba, y le dije por consolarla cuanto me parecía propio del caso.

—“¡Oh! no no, no me pondré bien—exclamó

ella con amargura hondísima.—He sido muy mala, y Dios me está castigando. Pero por mala que una mujer haya sido, verse una entre esta inmundicia, verse así en los huesos...

—No te apures por las carnes, hija—le respondí haciendo un esfuerzo por reirme.—Verás qué pronto las echas; te pondrás gorda.

—¡Gorda yo!... ¡Jesús! No volveré á ser lo que fui. Y este cuello, Dios mío, esta monstruosidad...!

—Vaya, estate tranquila. La conversación y esas sofoquinas te perjudican mucho. Te voy á dejar... No; si vuelvo, no te apures.

—He sido mala, lo conozco... pero bien merezco que me vengas á ver, por lo mucho que me acuerdo de tí! Lo que yo digo: Si tuvieras un perro y se pusiese enfermo de muerte, ¿no bajarías á verlo al sótano, y lo rascarías con un palo?„ Pues eso, eso... Yo no pretendo que te intereses mucho por mí; pero llegar, darme un vistazo...!

En esto comencé á ver algo en la lóbrega habitación. Fuera porque mis ojos se habituasen á la oscuridad, ó que entrara más luz por las rehendijas del balcón, lo cierto es que vi, y más deseara no ver. De la oscuridad, amasada con el vaho del lecho en términos que ambos fenómenos parecían uno solo, destacóse una forma confusa, de contornos tan extraños, que al pronto la creí determinación engañosa del bulto

de las almohadas. Miré más, avivando el poder de mi retina cuanto pude, y causóme indecible terror la certidumbre de que aquella monstruosidad era la cara que conocí en la plenitud de la gracia y la hermosura. Parecióme enorme calabaza, cuya parte superior era lo único que declaraba parentesco con la fisonomía humana. Mas en la inferior, la deformidad era tal que había que recurrir á las especies zoológicas más feas para encontrarle semejanza. ¡Pobre Eloisa! La impresión que sentí fué de tal manera penosa, que cerré los ojos para no ver más. Dios mío ¿por qué me permitiste ver aquella máscara horrible? Nunca la olvidaré. Parecióme ver expresadas en un solo visaje todas las ironías humanas.

“Nada, hija, te dejo sola para que descanses. No, no me voy de la casa, y entraré más tarde si te sientes bien. Descuida, que te sacaremos adelante.

—Bueno, hijito—replicó declarando en el tono su alegría.—Me haré la ilusión de que me quieres, á ver si de este modo me animo un poco.

Hice un gran esfuerzo para besarla en la frente. Para ello cerré bien los ojos. Cuando salí de la sofocante alcoba, iba pensando qué cruz tan pesada y espantosa es ser enfermero en frío, ó sea cuidar á enfermos á quienes no se ama.

## IV

Salí á mis quehaceres y volví sobre las cinco. ¿Por qué he de ocultar una cosa que me desfavorece? La compasión por Eloisa me atraía verdaderamente; mas el deseo de encontrarme con la otra no me impulsaba menos hacia la calle del Olmo. Dicho en plata, me ilusionaba el ver allí á Camila, hecha una interesante enfermera; y si al acordarme de su infeliz hermana, se aplacaban los fuegos de mi querencia, cuando suponía á la enferma salvada y mejorada, no podía menos de recrear mi espíritu en la idea de tropezarme con Camila en los rincones y callejuelas de aquel solitario caserón que tan bien conocía yo. Debo decir que mi locura, bien por no ser correspondida hasta entonces, bien por la depuración de mi espíritu en el trabajo, se había vuelto platónica. Siempre que podía hablar con Camila á solas, pintábame como un enamorado entusiasta, pero tranquilo, admirador frenético de sus eminentes virtudes y de la misma resistencia que me había puesto en tal estado. Y era verdad esto que le decía; la tal herriquitita se me había subido á lo más alto de la cabeza, allí donde se mece, á manera de nube, lo puramente ideal, lo que es y no es, lo que nos habla de otros mundos y de Dios, ha-

ciéndonos á todos un poco poetas, religiosos ó filósofos según los casos.

Yo no me alegraba de que Eloisa se pusiese peor; al contrario, lo sentía mucho; pero deseando que se mejorase, sentía que Camila no estuviese allí todo el día y toda la noche con su delantal azul, aunque sus manos olieran á cataplasma. Cómo compaginaba y conciliaba mi espíritu estos dos deseos, no lo sé decir. Pero es el espíritu tan buen componedor que sin duda resultaría un arreglito en mi conciencia, escarbando mucho en ella para buscarlo.

Dejo esto por ahora, y sigo con la otra infeliz. Moreno Rubio, después que la vió al anochecer, me dijo que aunque la mejoría se había iniciado, no las tenía todas consigo. Explicóme lo que era aquello con todos sus pelos y señales, dándome á conocer la resolución posible, el proceso reparador en caso favorable, la complicación en el caso contrario. Pero no repito las palabras de aquel observador eminente por no cansar á mis lectores, ni entristecerles con estos pormenores tristísimos de la desdicha humana. Digamos sólo, con la religión, que somos polvos, inmundicia, y que siendo tan mala cosa, todavía ha de haber quien quiera regalarse con nosotros y estos golosos de nuestra podredumbre son los gusanos.

Yo no pasé á ver á Eloisa, porque no se excitara; pero á eso de las diez se puso tan inquieto

ta que nos alarmamos. Estábamos allí mi tía Pilar, Camila, Constantino y yo. Raimundo se había marchado á las nueve, y el tío Rafael vendría más tarde. Empezó la enferma á hablar como una taravilla; á ratos lloraba; á ratos anunciaba su muerte. Pedía que yo entrase; después que no. Quería estar á oscuras; luego la oscuridad le daba miedo y era forzoso encender luz. Desde la puerta, le oí decir, llorando: "Me muero, conozco que me muero. Es terrible morir así, en este muladar... Dios me perdonará. ¿Está ahí José María? Á él le encargo que no entre aquí ningún cura; ¡no, no quiero ver curas...! Ya me las arreglaré sola con Dios... La fiebre era muy alta aquella noche, y estaba la pobre agitadaísima. "No quiero luz; ¿no he dicho que quería estar á oscuras? ¿Es que me quieren mortificar?—gritó moviendo mucho los brazos. La alcoba quedó en tinieblas, y entonces me llamó para que le pusiera el termómetro y le observara la temperatura. "Constantino me engaña siempre—me dijo.—Para él nunca paso de 39, y yo conozco, por este fuego de mi cuerpo, que debo de tener 41, 42, 50...!,"

—María Santísima, ¡qué volcán!

Le puse el termómetro debajo del brazo, y esperé sentado junto á la cama.

"¡Oh! qué mal me siento! La cabeza se me abre, se me desvanece, se me va; se me arranca la vida... me muero esta noche. ¿Estarás aquí

cuando dé las boqueadas?... ¿me cerrarás los ojos? ¿Te dará horror verme tan fea y echarás á correr? Sí, lo estoy viendo, lo estoy viendo. Dios mío, yo he sido mala; pero no para tanto... Nada, lo que yo digo, si tú te hubieras casado conmigo, yo habría sido menos loca; pero no quisiste, y me dejaste en medio del arroyo.

Esta febril locuacidad me lastimaba oprimiéndome el corazón. No cesaba de decirle: "Serénate, cállate la boca, procura dormir. Estás un poco excitada de los nervios, y nada más."

"Mira ya el termómetro y no me engañes.

Sali al gabinete para observarlo á la luz. Marcaba 40 y tres décimas. ¡Qué mala cara debí de poner cuando lo estaba mirando!

"¿Ves?... no hay motivo para que te inquietes—declaré volviendo á su lado y guardando el termómetro.—Tienes 38 y unas décimas.

—¿Es de veras?

—¿Quieres verlo?

—¿No me engañas?

—Ya sabes que yo...

Pues se lo creyó; mas no por eso estuvo más tranquila en las horas que siguieron.

"Nada, nada, yo me muero esta noche. Siento que me desquicio, que la vida se me quiere escapar. ¡Qué espanto me da...! No, Señor, Dios mío, yo no me quiero morir, yo soy joven, yo no he sido mala... Si yo misma te lo he dicho, rezando, es que me he calumniado.

Tras larga pausa en que la sentí murmurar vocablos ininteligibles como si rezara, volvió á expresarse con la misma agitación. "No te digo que me perdones, porque sé que me perdonarás de todo corazón. ¿Y á tí, grandísimo pillo, quién te perdona? Porque tú eres tan malo como yo, quizás peor. Á ver, hazte el valiente, confíesame en este momento solemne tus picardías. ¿Á que no las confiesas? ¿No ves que me muero? Dame ese gusto. ¿Quieres que te dé el ejemplo? Pues te voy á confesar todo lo malo que he hecho, absolutamente todo.

Rebeléme contra aquel propósito, más bien nacido del desvarío febril que de un vigoroso movil de conciencia. "Si te pones así, me enfado; es que me enfado de veras. Me marcharé."

"No, eso nunca—exclamó rompiendo á llorar.—Quiero que estés aquí, que me veas cuando espire... ¿Llorarás? Dime si llorarás.

—Pero mujer, qué tonterías...!

--Dime si llorarás... Es que quiero saberlo.

—Bueno; pues sí, lloraré, y mucho.

—¿Y me besarás las manos?... las manos nada más, porque la cara... Se me quita la contricción cuando pienso en lo horrible que estaré. Pero acuérdate de cuando estuve guapa; acuérdate y cierra los ojos... ¿Me harás una caricia?... Mira que si no, resucito y te...!

Hacía extraños gestos con los brazos. Yo se los metía entre las sábanas, recomendándole la

tranquilidad en los términos más cariñosos. "Hija mía, no hagas locuras. Vas á pasar una noche infernal.

—Es que no me quiero morir, es que no me da la gana—clamó, ahogándose en llanto copioso.—¿Pues por qué me pongo así, si no por el miedo que tengo...?

—No seas tonta, y no tengas miedo. Si estás bien; si apenas tienes fiebre; si Moreno me ha dicho que no hay cuidado... Vaya, no hables más de muerte.

—¿Pues no he de hablar si la veo, si la siento venir...?

—Patrañas, hija; aprensión...

—¡Y morir así, como arrojada en una pocilga, revolcándome en miserias y como si mis propios pecados me estuvieran comiendo por todas partes! Yo he visto una estampa en las prenderías, en la cual hay uno que agoniza, y salen de debajo de las almohadas bichos muy feos y asquerosos, lagartos y demonios horribles que lo roen y se lo comen. Así estoy yo, así me muero yo.

Pensé que las bromas harían mejor efecto en su espíritu que la seriedad, y tomándole una mano y besándosela con el mayor calor posible, le dije:

"¿Pues qué querías tú? morirte como la *Traviata*, con mucho amor, tosecitas y besuqueo? Si eso pretendes, se puede hacer. Por mí no ha de quedar.

Parecióme que se sonreía, y esto me animó á seguir por aquel camino.

“Bien sabes tú que no va de veras, que si lo sospecharas, no estarías tan charlatana. Esos son mimos, no terror de la muerte. Tú buscas lo que los franceses llaman una *pose*, y la *postura* no parece.

—¡Ay, hijo, no te rías de mí! ¿Cómo puedes pensar que yo tenga esas ideas en medio de estas prosas...? Porque estas sí son prosas, chico. Si no hay mayor castigo para una mujer que tener asco de sí misma, yo estoy bien castigada. Acepto la muerte si la considero como una gran legía, en la cual me voy á chapuzar...

Y como si su espíritu tomara de improviso con esto una dirección de consuelo, me estreché mucho la mano, diciéndome:

“Joselito... si por casualidad me salvo, ¿me volverás á querer...?”

—Sí... de tí depende que te pongas buena pronto, no sofocándote sin motivo.

—Agua; me muero de sed.

Se la dió Camila: y cuando nos quedamos de nuevo solos, díjome que se sentía mejor. Su piel estaba húmeda.

“Ahora te vas á dormir.

—Si soñara que me volvías á querer, creo que despertaría muy mejorada.

Respondíle que podía soñar lo que fuera más de su gusto, y desde aquel momento empezó á

calmarse. Quejóse de vivos dolores en la cara; pero no debieron de ser muy fuertes, porque á eso de las dos ya dormía, si bien con inseguro sueño. Salí de la alcoba, rendido de cansancio, y me encontré á mi tía Pilar, profundamente dormida, y á Camila despierta, aunque con mucho sueño. Disputamos, como era natural, sobre quién había de descansar... Que ella, que yo. El reposo de la enferma fué breve, y pronto la oímos que nos llamaba. Micaela y Camila estuvieron más de una hora con ella, dándole medicinas, curándola y mudándole hilas y trapos. Mala noche pasó la infeliz. Á la madrugada, descabecé un sueño en el despacho de Carrillo, sobre el sofá de cuero, frío y desapacible.

Despertóme, ya entrado el día, una voz que al pronto no conocí. Era la de Constantino, y poco á poco surgió en mitad de mi campo visual la figura de éste, abrutada, tosca y respirando honradez. “¿Cómo está Eloisa?”—le pregunté con susto, sospechando que me iba á dar una mala noticia.

—Ahora duerme — replicó de muy mal talante, paseándose en la habitación con las manos en los bolsillos. — Va mejor.

—¿Pero qué tiene este bruto para estar tan mal humorado?—me dije para mi sayo.

Sacóme pronto de dudas, pues era Constantino tan rudo como inocente, incapaz de guardar secretos.

—¿Has visto á Camila?—me preguntó.

—Anoche, sí.

—¿Sabes que hemos reñido?... Anteanoche... aquí... Una bobería... un soplo, chismes, calumnia. Le dijeron que me habían visto ir de picos pardos...

—¿Qué me cuentas?

—Todo es paparrucha —añadió, dando un gran suspiro y alargando más el hocico.— Camila se la ha tragado, y no la he podido desengañar. No nos hablamos. Anoche no pude dormir, pensando en ella. Me parecía mi casa tan vacía, chico...! Me figuraba que mi mujer se me había muerto; no, que se había ido con otro, y...

—Eres un bebé... ja, ja, ja.

—Créelo... por poco me echo á llorar...

—¡Ay, Dios mío, qué célebre!... Constantino, eres un niño de teta..

—Y ahora —prosiguió haciéndose el fuerte, mas sin poderlo conseguir,— he venido acá con unas ganitas de verla...! ¡Qué afán! Si me figuro que no he visto en cuatro años su cara. Pues llevo; me dicen que está en el cuarto de Rafaelín durmiendo; voy allá, empujo la puerta, y ella salta y me la tira á los hocicos y se cierra por dentro, y me grita: "Vete á los infiernos, perdido, gatera, chulapo!,"

—Bien, hombre, bien. Anda, vuelve á picos pardos... Me alegro...—le dije, sintiéndome inspirado y locuaz.—¡Ah! perillán. ¿Crees tú que el

matrimonio es cosa de quita y pon? ¡El matrimonio, la cosa más santa, la institución más respetable, más augusta, más...!

—¡Quítate allá, y no me vengas á mí con re-tumbancias!

—Estos pilletes se figuran que el tálamo es trampolín... y profanan la santidad de la familia, y hacen burla de la virtud de una intachable esposa...!

—¿Te quieres callar?...

—No, señor, no me callaré... Tu conciencia no se subleva, no se te levanta como un fantasma para decirte: "Constantino, ¿qué has hecho de la paz del hogar?"

—¿Pero todo eso es cháchara ó qué...?

—¡Qué ha de ser broma, hombre, qué ha de ser broma! Ya ves que estoy indignado.

—Que me caiga muerto aquí mismo, que me mate un rayo—juró con vehemencia salvaje,— si yo he ido á picos pardos. Que me vuelva buey ahora mismo si he tocado, desde que me casé, más mujer que la mía. ¡Mírala, por esta!

—Valiente hipócrita estás tú... ¡Con esa jeta de lealtad y esas inocencias, me parece...! Y lo que es ahora no la convences. Buena estará.

—Se me figura que quien le llevó el cuento fué el marqués de Cícero... ¡Ay, si le cojo! Le arranco los bigotes y después se los hago tragar... ¡Decir que yo...! ¡cuando el que venía de picos era él, él... el muy monigote, pinturero...!

## V

Hablando pasamos á la estancia que había sido de Carrillo. Quise lavarme; pero no encontré agua.

—Yo te la traigo — me dijo Constantino cogiendo el jarro.

Á poco volvió, y cuando me llenaba la jofaina, díjome en el tono más cordial:

—Quítale eso de la cabeza.

—¿Qué le he de quitar de la cabeza? ¿los adornos que le has puesto?

—No, hombre, la idea...

—¿Con que la idea?... Lo intentaremos, lo intentaremos.

Él se reía, y no cesaba de amenazar al marqués de Cícero. Le iba á freír, á abrirle un tragaluz en la barriga, á untarle de petróleo y pegarle fuego...

“Qué buen ayuda de cámara me he echado! Ya que eres tan amable, ten la bondad de decir á Micaela que haga café y me lo traiga aquí.

No había pasado un cuarto de hora, cuando sentí abrir la puerta. Hallábame en elástica, con la toalla sobre los ojos, la cabeza toda mojada, y no ví quién entró. “Déjelo usted ahí — dije creyendo que era Micaela; mas no tardé en ver á Camila poniendo el café sobre la mesa.

“Hola, borriquita — exclamé, dejando salir de

mi alma la alegría que la llenaba. — Dí una cosa, ¿y tu hermana?

—Durmiendo. Me parece que va bien.

—¡Contento está tu marido!... ¿Pero qué prisa tienes? ¿Á dónde irás que más valgas? Oye...

Quise proceder con buena fé, pero no podía; la malignidad salía culebreando, como centella eléctrica, desde el corazón á la punta de mi lengua.

“Las mujeres prudentes no ponen esos hociquitos por un desliz del marido. ¡Pues tendría que ver! No seas inocente, no seas ridícula, no seas pueril. ¿Tú no has leído aquello de la *Perfecta casada* que dice...?

—Yo no he leído nada ni me da la gana de leer papas — exclamó á gritos, hecha una leona.

—Sosiégate... Lo que yo digo es que eres una tonta si crees que el marido de hoy puede ser un formalito de estos de *aquí me ponen aquí me quedo*. Sería hasta ridículo, sería...

No me dejó acabar. En un tris estuvo que me tirara á la cabeza la cafetera. Con sacudida de violenta cólera, se puso á gritar: “Nó estás tú mal... sin vergüenza... Déjame en paz.”

“Ya te irás domando — pensé al quedarme solo, y un instante después pasé al cuarto de Rafaelín, á quien hallé sentado en el suelo, entretenido en armar un teatro de cartón. Su media lengua me enteró otra vez de la mejoría de su mamá, y después preguntóme con palabras ver-

tidas cautelosamente en mi oído, si yo me iba á quedar allí *pa siempre*. Respondíle que sí y jugamos un rato. ¡Pobrecito niño! ¡Qué interés tan hondo despertaba en mí! Me le habría llevado á mi casa, adoptándole por hijo, si su madre lo consintiera. Aquella madrugada, cuando me dormí en el diván, había visto en sueños á Eloisa muy mal pergeñada por las calles, con mantón pardo, pañuelo por la cabeza, las faldas manchadas de fango, llevando de la mano á Rafaelín, el cual tenía las botas rotas y enseñaba los tiernos dedos de los piés; el cuello envuelto en bufanda y el cuerpo en roñoso gabancito. Esta visión me oprimía el pecho, más por el hijo que por la madre. ¡Ay! Esta campeaba en la indiferencia de mi alma, como en un desierto árido y vacío. Pasaba por ella sin dejar rastro ni huella en aquel inmenso arenal.

Sin hartarme de jugar con el pequeño ni de darle besos, salí de la casa. Eloisa se había despertado y sentía gran alivio. El médico me dijo que la resolución era rápida y segura. No quise entrar á verla, porque la estaban curando, y le dejé un afectuoso recado. En mis correrías de aquel día por Madrid, experimenté lo que yo llamaba la *congestión espiritual* de Camila en mayor grado que nunca. La llevaba en mi corazón y en mi cartera, y la ví entre los apuntes de mis operaciones como la mosca que se ha enredado en la tela de araña. La ví en la ahumada atmósfe-

ra de la Bolsa y entre los movibles y bulliciosos corros. Muy distraído estuve, y conociéndome, no me arriesgué á operaciones delicadas, porque desconfiaba de la claridad de mi sentido. Era como algunos borrachos, que, conocedores de su estado, tienen la sensatez relativa de no celebrar ningún contrato mientras están peneques.

Torres, Medina, Samaniego y otros me preguntaron por Eloisa, y á todos contestaba "bien... si no es nada... un simple flemón.,," Manolo Trujillo, á quien acompañé un ratito, hablóme de ella con amor y entusiasmo. Me complací en destruir su ilusión pintándole lo desfigurada que estaba. ¡El infeliz exhalaba unos suspiros oyéndome...! Era yo cruel sin duda; pero me salía esta crueldad muy de dentro, y sentía un goce extraño y vengativo al decir á los que me hablaban de ella: "Es un horror... no hay idea de fealdad semejante.,,"

Volví á la calle del Olmo por la tarde, ¡y qué suerte tuve! El marqués de Cícero salía cuando yo entraba, Eloisa dormía, y Camila estaba sola. Se me arreglaron las cosas tan guapamente, que ni de encargo salieran mejor.

"No se harta de dormir la pobrecita—me dijo Camila sentándose junto á mí en el salón desierto, y sacando una obrilla de gancho con que se entretenía.

Ni caída del Cielo. Estábamos solos; nadie nos turbaba. No menté á Constantino ni hice

alusión al disgustillo. Hablé tan sólo de mí, de aquella pasión loca que me consumía, y que por providencia de Dios había venido á ser fina, delicada, platónica, lo sublime de la amistad, si me era permitido decirlo así. ¡Oh! yo no deseaba que ella faltase á sus deberes; adorábala honrada; quizás infiel no la adoraría tanto. Me entusiasmaba su virtud, y por nada del mundo destruiría yo esta celestial corona tan bien puesta en sus nobles sienas... Yo no pretendía de ella sino un cariño puro, leal, diáfano como el mío, enteramente limpio de deshonor y malicia. No recuerdo si saqué á relucir también lo del *armirio*, que es de reglamento; pero de fijo no se me quedó por decir lo del *altar en mi corazón* y otras imágenes muy al caso.

Y ¡cosa singular! estas tonterías, que ella calificaba siempre con el injurioso dicitario de *papas*, no la alborotaron aquel día como otras veces. Oíame callada, los ojos fijos en su obra, haciendo, al meter y sacar el gancho, las mismas muequecillas que hacía cuando trazaba números; y de tiempo en tiempo me miraba sin decir más que "papas, papas." Parecióme que aquello lo decía maquinalmente, y que en realidad mis palabras trazaban surco en su alma. ¿Sería ficción de mi anhelo? Ocurrióme que aquella casa maldita obraba con perversa influencia sobre el resistente espíritu de la señora de Miquis, introduciendo en él por diabólico modo un ger-

men de fragilidad. Porque era muy particular que, oyendo lo que había oído, no me llamase, como de costumbre, tísico, indecente, simplín. Estaba un tanto descolorida y pensativa, muy pensativa. Sobre esto no podía tener duda. Oyóse el timbre eléctrico de la alcoba de Eloisa. La enferma llamaba. Levantóse prontamente Camila, y cuando iba por la habitación próxima, le oí pronunciar con claridad su estribillo: "papas, papas." Un detalle precioso. Al retirarse, dejó su labor en el sofá en que nos sentábamos; sí, allí, junto á mi muslo, quedaron el ovillo blanco, el gancho, la roseta á medio hacer. "Piensa volver, y volverá."

Pasó mucho tiempo, así como medio siglo, y viendo que no parecía, cogí la labor y metiéndomela en el bolsillo fui en busca de mi horriquita. Al salir al pasillo tropecé con una figura majestuosa que en tal instante empujaba la mampara de la antesala. Era la señora de Medina, que en el caso aquel de enfermedad grave, olvidaba sus resentimientos y sabía cumplir los deberes de familia. Creo que se alegró mucho de verme. Su cara de estatua de la Verdad se encendió un poco.

"Ya sé que está mejor —me dijo,—y completamente fuera de peligro.

No habíamos dado diez pasos hacia el gabinete, cuando me tomó por un brazo diciéndome: "Explicame una cosa. ¿Qué obra es esa que pen-